

“Recuerda que pereció tu ciudad y tu esposo”, leía cuando sonó el teléfono. ¿Quién puede haber que quiera llamarte, y te llame?, me hablé en voz alta y seguí leyendo: “tú, que fuiste en otro tiempo esposa de Héctor, no me aborrezcas”. Taltibio intentaba suavizar la crueldad de su mensaje: “no sé cómo dulcificar la pena que voy a causarte”.

El teléfono resonaba con la misma obstinación que el mensajero aplicaba a su lengua para hallar un discurso amable: “recuerda que tú eres esclava, que si tus palabras excitan el furor del general ni tu hijo será sepultado, ni tu podrás llorarlo”.

Se calló el teléfono. Fue un instante mínimo de alivio. En seguida me sobresaltó otra vez. Dejé *Las troyanas* a un lado y estando ya dispuesto a contestar, la voz de Taltibio resonaba en mis oídos: *Re-cuer-da que pe-re-ció tu ciu-dad*.

Descolgué: ¡Papá! ¿Me oyes, papá?, reconocí la voz de María. Tomé aire con fuerza antes de volver a escuchar: papá, ¿estás bien? Estoy muy bien, fui capaz de hablar y esperé a que ella contestase. Lo hizo yendo al grano: me caso, papá. Hubo un instante de silencio. Lo imprescindible para justificarme en mis adentros: te ha llamado ella, debe ser ella quien siga la conversación. Y te preguntó: ¿no te alegras, papá? Claro, hija, María, exclamé. Me alegro mucho, pero...

Con el ‘pero’ inacabado mi rodilla izquierda empezó a moverse por su cuenta, como suele ocurrirme siempre que voy a meter la pata. El silencio de María me daba vértigo, pero era el momento de que el germen de charla tuviera continuidad, así es que rematé el maldito ‘pero’ del peor de los modos: ¿cuántos años tienes?, pregunté. Veinte, papá, veinte, contestó enfadada, más de los que tenía mi madre cuando tú la preñaste. La

respuesta hiriente, que me había ganado con mérito sobrado, me recordó esa rabia, como de venganza, con la que una víbora inmoviliza a su presa. Sus frases daban de pleno en la herida de mis recuerdos.

Seguí hablando en tono mustio: ¡veinte ya! ¡Qué viejo voy siendo!, pretendí resultar intrascendente, dos años ya que te fuiste. Claro, recalco ella, dos años ya, ¡sí! Me pareció que el diálogo empezaba a entrar en una vía sin solución, así que intenté moderar el tempo: ¡cómo se pasa el tiempo, hija!, añadí, dos años también que nos dejó la abuela Soledad. Mi vozapestaba a súplica de compasión. Debió percatarse de que sus palabras hirientes sobre el embarazo de su madre ya habían hecho efecto, así que devolvió la charla al tono cariñoso: bueno, papá, tengo que pedirte algo. Tú dirás, dije. ¿Tienes todavía la colección de violetas secas?, preguntó. Me gustó que se acordase de las violetas secas. Las habíamos recogido juntos cuando era niña. ¡Claro, hija!, en algún sitio andarán, contesté antes de que siguiera evocando buenos momentos: ¿recuerdas que alguna vez hablamos de que podrían resultar muy bonitas en tarjetas de papel? Sí, dije, pero ¿cómo lo harías? Creo que se incrustan en el papel al reciclarlo, explicó, ¿no conoces a nadie que trabaje el papel de manera artesana? Me podría enterar, añadí. Hazlo, por favor, me pidió, y siguió hablando: supongo que todavía tocas el arpa. Mejor dicho, sé que sigues tocando. En esas palabras me pareció oír una leve risa. Había reído justo cuando yo estaba valorando la posibilidad de mentir. Fue solo un instante. Ella volvió a hablar: ¿sigues ahí?, ¿me oyes, papá? Sí, hija, hablé al fin, toco el arpa más que nunca. Entonces tocarás en la ceremonia de mi boda, decidió. La palabra ceremonia me asustó y se lo dije casi implorando compasión: ceremonia quiere decir iglesia, ¿o no? Y mucha gente junta. Eso mismo, contestó,

boda religiosa en el Monasterio de la Estrella y con la mejor música de tu arpa. Tocaré, dije con decisión como si acabase de vencer mis reparos a lo religioso, claro que tocaré, hija, repetí. En la palabra “hija” se me quebró la voz, pero imaginé una copa de aguardiente y recuperé el tono: tendrás que decirme qué obras quieres. Las que tú elijas, respondió, y siguió explicando: pero, eso sí, tendrás que transcribirlas para flauta travesera, violín y chelo; el abuelo y los padres de mi novio son músicos también. Se calló unos segundos, como si estuviera dudando si decir o no algo importante, así que hablé para hacer un comentario intrascendente: dos familias de músicos, qué locura. Ah, papá, se decidió a explicar, una canción sí que te voy a pedir. Tú dirás, esperé que hablase. *Alfonsina y el mar*, dijo con voz emocionada. ¡Vaya!, exclamé. ¿No te parece bien?, ¿qué pasa?, preguntó. Nada, hija, me lamenté, esa era la canción preferida de tu madre. Ella solía explicar que mientras la tocaba al piano oía las olas muriendo en la arena de la playa. Guardé silencio el tiempo justo para oír su respiración. En seguida añadí: haré un arreglo bonito, ya lo verás. Muchas gracias, susurró. ¡Ah!, casi se me olvida, añadió, que ya no hace falta que me sigas pasando la asignación mensual. Por lo menos de momento, aclaró. Y ¿eso?, me extrañé. Me han concedido una beca para un máster de fagot en Viena, explicó muy contenta. Qué alegría, dije, nada menos que en Viena, enhorabuena, y añadí: si necesitas algo, dílo; es decir..., me callé un momento al recordar a su madre, seguiré pasando la asignación correspondiente, que en Viena hay muchos cafés, bromeé. Gracias, dijo. Callamos los dos. Parecía que nos tomábamos tiempo para saborear el encuentro. Imaginé sus labios, siempre a punto de empezar a cantar, la extensión de su frente como una cascada de música, igual que la de su madre, y la emoción de

caminar cogidos de la mano. Me repuse de esos sentimientos de ternura y hablé con decisión: me alegraría mucho que fueras feliz. Y sin dar tiempo a que me contestase se lo solté: ¿qué sabes de mamá? Está bien, muy bien, añadió como un resorte. Seguro que esperaba la pregunta. ¿Dónde está?, pregunté. No te lo puedo decir, respondió. Estará con otro hombre, supongo, insistí. No, contestó. Quiero decir ¿qué más te puede dar, papá? Entonces ¿dónde está?, pregunté. Le prometí que no hablaría contigo de ella, contestó, y ya te he contado más de la cuenta. No me lo pongas más difícil, ella está bien y quiere que sepas que está bien. Me pareció que exigía demasiado por mi parte. Admiré en mi hija, tan joven, esa mezcla de pena y ternura en su actitud. Pero aunque hiciera casi veinte años que Serena me había abandonado yo necesitaba saber por qué se fue y dónde estaba, así que insistí: ¿por qué te dice que me cuentes esas cosas si no quiere que sepa dónde está?, argumenté. No podrías entenderlo, respondió, ini yo lo entiendo! Déjalo, desistí de mi empeño, si ella lo quiere así, no se hable más, perdóname, hija, no quiero que sufras por estos asuntos. Creí dar por terminado el tema, pero ella seguía en su actitud compasiva hacia mi situación de abandono y volvió a ello: ¡Papá! Ella quiere que vivas tu vida, y yo también. Entendí que pretendía darme ánimo, pero sus palabras, tan cálidas, resbalaban en mi memoria como una piedra sobre un lago helado. No está tan claro que tenga otra vida, hija, me quejé, no lo está, aunque me alegra que pienses eso de mí. Callamos otra vez hasta que ella rompió el silencio, compasiva: te volveré a llamar. Creo que te vuelvo a querer... un poco, rio. Algo es algo, concluí sin reprimir la emoción en la voz y añadí: muchas gracias por llamar, hija. Un beso, dijo, y colgó.

Tardé un buen rato en colocar el teléfono en su sitio. Al soltarlo, me pareció que mi boca quería dibujar una sonrisa. Volví al sillón y al libro de tragedias: “estaba poseída por Baco, y no atendía a Penteo. Cogiendo con sus dos manos el brazo izquierdo, y apoyando el pie en los costados del desgraciado, le desgarró y arrancó el hombro”. No era capaz de seguir leyendo. Hasta tardé en darme cuenta de que me había equivocado de tragedia. Al sonar el teléfono leía *Las troyanas* y ahora estaba en *Las bacantes*. Empecé un ir y venir por la casa: de la cocina al salón, del salón al baño y del baño a la alcoba. La conversación con María me había dejado la conciencia hecha un avispero. Las palabras me zumbaban en la cabeza y me movían los labios. Tampoco mis manos, como mariposas siempre en celo, se estaban quietas. Revolví en la caja de las pipas y elegí la más grande. Llené la cazoleta hasta el colmo. Encendí y aspiré con avaricia: el mañana del mundo dependía de un padre que se fumaba una pipa con ansia. Entré a la bodega y salí con una botella tomada por el cuello. Debía contener el espíritu absoluto del orujo. A los pocos tragos el universo giraba sobre mí al tiempo que mi cuerpo se hundía en el sillón y sentía cómo mi alma me contemplaba desde el techo de la sala. Cuando adormecí la euforia, o eso creía, me pareció oír de nuevo el timbre del teléfono. No era verdad que sonase, pero me iba hasta él y lo miraba extasiado, igual que cuando era niño y observaba los grillos cantar en las bocas de sus huras en el jardín de casa. Me dormí con la inquietud de que el teléfono sonaba sin parar y desperté de buena mañana con el mareo de la resaca y las interrogaciones clavadas en la memoria: hombre, Fermín, me hablé en voz alta, tan borracho no estabas. Llamó María. ¡Es verdad que se casa! Sin moverme de la cama levanté los brazos hasta juntar las manos bajo la nuca. Cerré los ojos y sentí una

chispa de felicidad. Volvieron las preguntas: ¿desde cuándo te hablas en voz alta? No recordé qué pudo pasar ni cuándo para que empezase esa costumbre de hablar solo y en segunda persona, pero me sonaron unas frases en portugués: “Outra vez te revejo, sombra que passa através das sombras, e brilha... E entra na noite como um rastro de barco se perde na água que deixa de se ouvir.” Momentos después de esa toma de conciencia de mi felicidad, salía de casa silbando la *Zarabanda de Händel*. Notaba en los pies una especie de impulso hacia la danza. ¡Qué digo!, iba marcando los tiempos con los pitos a dos manos. Tal debía ser mi estado de entusiasmo que me percaté de que las bisagras de la puerta habían chirriado. Repetí tres veces el movimiento de abrir y cerrar en un intento de saber si en los días anteriores los pernios hacían ruido. No recordé si antes de ese momento la puerta había rechinado, así es que el lenguaje de las bisagras era un signo que no había sabido interpretar. Al bajar las escaleras del jardín fui repasando unas palabras que Jonás me dijo cuando Serena me abandonó: lo suyo es convertir la tragedia de la vida en arte. La solución está en leer tragedias. Sobre todo griegas, porque en ellas entenderás la razón del dolor. Hay tres imprescindibles: *Agamenón*, *Las bacantes* y *Edipo Rey*. Bueno, lee las que tú quieras. Sobre todo aquellas en las que participa Tiresias. Él busca la verdad, igual que tú. Ya lo dijo Unamuno: “la vida es tragedia, y la tragedia es perpetua lucha, sin victoria ni esperanza de ella”.

Con ese alboroto de recuerdos llegué al Bar-Restaurante El Carábano. Ramón, el dueño, me sirvió el café, los tres churros, la copa de aguardiente y su sonrisa mientras me oía decir: hoy no me pongas copa, por favor. ¿Qué le pasa hoy a nuestro artista señorito?, preguntó con ese desparpajo de tabernero que huele el ánimo del cliente. Necesito papel reciclado de artesanía,

contesté por decir algo. ¿A estas horas?, se extrañó. Estoy buscando alguien que lo trabaje de manera artesanal, expliqué, y entonces intervino Gumersindo, el vendedor de cupones, que estaba a mi lado: e-eso lo ha-a-ce Marga-ar-ga-rii-rita. En la ca-a-calle del Ho-or-no. Muchas gracias Sindo, le dije al tiempo que le daba una palmada en el hombro. De-e naa-nada, don Fermín, añadió. Estuve en silencio mientras desayunaba. Al terminar me saltaron las palabras de la boca: anoche me llamó mi hija. Y por eso hoy no tomas aguardiente, sentenció Ramón. Será, dije. Qué bi-i-bien. Que-e a-a-legri-ía, don Fe-er-rmín, tii-tie-tiene uu-usté una hi-ija, sonrió Gúmer y me devolvió la palmada en la espalda. Acaba de cumplir veinte años, conté, y es una artista. Estudia música en Salamanca. Anda Gúmer, dame un par de cupones, por favor. A-a-hora mi-i-mismo, don Fe-er-rmín. ¿En se-e-is y e-en nue-e-ve, como sii-em-pre?, preguntó. Como siempre, le dije.

## 2

Las cornejas, que suelen rondar el pináculo de la catedral, estaban quietas. Nada de vuelos ni graznidos. Tampoco se movía el artilugio del escaparate de la Joyería Polvorosa, una especie de pecera que se balancea y guarda en sí una porción de mar. Otras mañanas me paraba unos instantes a observar las olas, pero esta vez pasé de largo y caminé hasta la imprenta La Ballena. Un leve empujón al introducir la llave en la cerradura bastó para que la puerta cediera; no tenía echada la llave. Dentro, todo estaba oscuro. Entendí la oscuridad como una ausencia, una puerta que no pudiera cerrar el vacío. Jonás se ha ido, pensé. La otra vez que desapareció también dejó la puerta abierta y cuando volvió tuvimos una buena charla. Es decir, habló él: hemos enterrado a un gran hombre, explicó, la literatura le hará Justicia. He dicho literatura, insistió. Ya Aristóteles dejó dicho que la poética cuenta los hechos como debieran ser. Creí que la referencia al filósofo griego era un buen remate para la conversación, y ya me iba a retirar cuando volvió a hablar del muerto: fijate qué detalle, Fermín, ese hombre vino a suicidarse un treinta y uno de marzo. Se tiró desde la muralla, ¿comprendes qué quiere decirnos? ¿Lo entiendes? Su insistencia hizo que yo abriera mucho los ojos, debido a mi educación de caballero más que al interés por el misterio que pretendía desvelarme. Ese día, explicó, se cumplían quinientos años de la expulsión de los judíos: 31 de marzo de 1992; la literatura le hará justicia, reiteró. De nuevo supuse que ahí concluiría el relato, porque se había ido dando la vuelta con la última frase; me volví a equivocar. Debí girarse lo justo para contener la emoción y dar impulso a sus recuerdos. Me puso las manos sobre los hombros, entornó la mirada y siguió hablando: conocí a ese hombre cuando yo era un muchacho. Estuvo



confinado en Cardiel, mi pueblo. Se había metido en política, dijo bajando la voz. Movi6 la cabeza a izquierda y derecha, retir6 las manos de mis hombros y record6: lo vi todo desde la escuela. Era una tarde oscura, llovía como nunca. Creo que aquel día entendí qué es eso de llover a mares. Lleg6 un coche negro y se bajaron cinco hombres. La madre de la maestra se acerc6 al que debía ser el profesor. Uno de los hombres puso una bolsa de viaje en la tapa que cubría el brocal del pozo. Las tablas cedieron y la bolsa se fue al fondo. Por suerte el pozo estaba todavía seco. Sacamos la bolsa al día siguiente, cuando dej6 de llover. Luego acompañé al profesor a la estación del tren; amanecía. Call6 unos instantes y limpi6 las gafas mientras mantenía los ojos casi cerrados. Después se pas6 el pañuelo por ambas cuencas, volvi6 a frotar las gafas y habl6: yo no entendía qué estaba pasando, pero te aseguro, Fermín, que desde entonces quería tener muchos libros, fabricar libros, escribir libros, dibujar libros, vender libros, repartir libros y que todo el mundo leyera libros. ¡Fermín, amigo!, tú me ayudas mucho. No sé cómo podré agradecértelo. Me encogí de hombros: no hay nada que agradecer, dije.

El día aquel del entierro del profesor suicida, Jonás había dejado una nota escrita a lápiz con los datos que debían figurar en la esquela: “Ha muerto Joaquín Nehila Cepeda. Jonás y LA IMPRENTA LA BALLENA se alegran de que al fin descanse de esta mierda de mundo”. El remate del texto acerca del mundo no lo incluí en la esquela. Estaba claro que se refería a ‘este valle de lágrimas’, pero él quería añadir a la evidencia su pincelada de rabia. Me pareció que la expresión (mierda de mundo) era de mal gusto en una esquela. Y ¡esta vez!, me dije en voz alta, ¿qué ha dejado esta vez?, me pregunté mientras iba a oscuras hasta el cuadro de las llaves de la luz. Vienes a la imprenta con la idea

de contarle que has hablado con tu hija por primera vez en dos años, que se casa, que su boda podía ser la oportunidad para encontrar a Serena, y él no está.

A los pocos días del entierro del suicida, Jonás me había encontrado hablando a solas y se interesó por esa manía: ¿decías algo?, preguntó. No, respondí. Pues te he oído hablar, insistió. Puede, cedí. Y te hablabas de tú, afinó la apreciación, ¿con quién hablabas? Conmigo, respondí. ¡Y te tratas de tú!, pareció extrañarse. Siempre, confirmé. Eso es indicio de soledad, comentó. Claro, cedí. Si lo sabré yo, concluyó. En eso quedó aquel diálogo de confesiones.

Guadalupe llegó a su hora de costumbre y me encontró sentado, con la respiración agitada y hablando a solas. ¿Te pasa algo?, preguntó. No contesté, no me dio tiempo, habló ella: a ver si va a resultar que Jonás se nos marcha con la ‘reina de sotas’ y tú te me mueres justo ahora. Vamos, hombre, dime qué te pasa. El enfado y el desparpajo no eran suficiente tormenta para nublar su dulzura y su atractivo. A mí no me pasa nada, gracias, dije. Nada fuera de lo común quiero decir, pero ¿y el jefe?, ¿sabes dónde está? Todo el mundo comenta que se ha marchado, respondió, y ¿sabes con quién? Me encogí de hombros. Ni más ni menos que con la jefa de las putas, bajó la voz en eso de la ‘jefa de las putas’ y siguió con sus improperios: que será un pendón verbenero, porque si es la ‘caporala’ sus buenos méritos habrá hecho.

Iba y venía nerviosa sin dejar de hacer comentarios sobre la marcha de Jonás y sus vicios que, según ella, eran de dominio público. No podía ser que estuviera escandalizada, o dolida, o, quizá, y en el peor de los casos, celosa. Tanto marearme con el asunto recordé un consejo del propio Jonás: “no es bueno expresar el deseo con palabras, conviene pasarlo por la criba del

pensamiento y los alambiques del arte”. Ese modo, digamos tan culterano, de expresarse solía redondearlo con alguna referencia a dichos populares, e incluso de baja estofa, como que “los cuidaos ajenos de los cojones cuelgan”. Si el señor Jonás se había ido a echar una cana al aire, de peregrinación a Tierra Santa, al entierro de otro suicida o donde demonios fuera, no era asunto mío. Quizá debiera haber preguntado a Guadalupe cuál era para ella el problema de que el señor Jonás hubiera desaparecido, pero no lo hice y me perdí datos importantes sobre su manera de pensar. No fui capaz de pensarlo, porque mi mente parecía absorta en hallar la forma de expresarle a Guadalupe mis deseos. Decirle, por ejemplo: “hay algo en ti que me nubla los principios. Que me revive este organismo moribundo. No puedo dejar de pensar en tu cuerpo ni tocando el arpa”. Me mordí la lengua. Concluí que esos pensamientos no eran más que artimañas para gozar de su cuerpo de una forma egoísta. Ya habría tiempo para plantear ese asunto del deseo de manera sosegada y natural, me resigné, como corresponde a un caballero cuarentón. Fui capaz de abandonar la imprenta. Si Jonás no está tampoco habrá trabajos que hacer, le dije a Guadalupe. Bueno, dijo ella, vete, y ya veremos qué hacemos. De acuerdo, asentí. Además, los encargos de María para la música de su boda me tenían inquieto, aunque quizá no era más que una disculpa para no quedarme a solas con Guadalupe. Me fui a perder el tiempo de bar en bar. De modo que cuando llegué a casa, bien pasado el mediodía, en lugar de hacer caso a la señora Casilda, mi ángel de la guarda desde que nací, que me esperaba con la mesa puesta, hice intención de ir a tocar el arpa. Sé que es meterme donde nadie me llama, me gritó desde la puerta cuando se iba, tiene usted que comer, ino se me cuida usted, don Fermín!, y eso me hace sufrir mucho. Me acerqué

hacia ella. Además, añadió en voz más baja, es como si despreciase mi trabajo. Desde que era un niño he intentado que fuera usted un hombre sensible. A este paso me jubilo y usted no consigue respetarme y eso me duele horrores, que lo sepa, concluyó. Muchas gracias, Casilda, tomé sus manos entre las mías, mientras le decía hasta mañana.

Tenía toda la razón del mundo, mi comportamiento no era aceptable, y con tanto vino en el cuerpo y en el alma apestaba a señorito asqueroso. Debía haberla contado lo de mi conversación con María. Se hubiera puesto muy contenta y quizá su compasión hacia mí se hubiera vuelto alegría. A pesar de los vinos fui capaz de tocar el arpa. Hice algunas aproximaciones a la *Barcarola para los cuentos de Hoffmann*. Los movimientos de las manos sobre las cuerdas despertaron sonidos limpios y cálidos. Sentí en los oídos el rumor del mar al tiempo que caía en la cuenta de que había elegido la barcarola porque está escrita en compás de seis por ocho, lo mismo que *Alfonsina y el mar*. Además, las dos obras tenían en común el tema del mar. Disfruté mucho las interpretaciones, porque estaba pensando en María y en su boda, sin embargo cuando me puse a escribir los arreglos, noté el efecto del alcohol, del sueño y del aguijón de una pregunta: ¿será verdad que Jonás se ha ido? ¡Con una puta! Alguna vez le había oído decir que el Conejo Luso era un tugarío, o ‘timburío’ como solía llamarlo él, que regentaba una señora adorable. El nombre verdadero del sitio era Casa Fátima. Tanto había insistido Guadalupe en que Jonás se habría ido con aquella señora que, al caer la tarde, me acerqué a la casa de citas. La Casa Fátima estaba al lado de una gasolinera. Cuando me acercaba al sitio oí a mi espalda una voz oxidada como el grito de una urraca: ¿ande vas hombre? Al volver la cabeza la voz insistió: ¿no adviertes que es mu pronto

para 'la cuestión'? Me pareció una pregunta atrevida y una voz exagerada para un cuerpo de hombre tan pequeño. Entendí que se refería a que el local estaba todavía cerrado. ¿Seguro?, dudé. ¡Toma, claro!, respondió como quien muestra una evidencia. Pero ¿seguro, seguro?, pregunté con la indecisión que me daba la borrachera. Anda que, ¡las ganas que no debes arrastrar!, sentenció. Que no, hombre, que no es eso, intenté justificar mi presencia en el lugar, busco a uno que ha desaparecido. ¿Aquí?, se extrañó. Puedée, contesté como contagiado de su acento. Siendo así, llama ahí al timbre, me aconsejó, por bajo de la hornacina de la virgen. pero la Fati no atiende a cualquiera fuera de horario, me advirtió. La advertencia del hombre con voz de campana rota no hizo mella en mi arrogancia de señorito beodo. Fui a la puerta del 'timburio'. Me faltaba el aire. Sentía el estómago hecho un pozo sin fondo. Veía doble y me sonaban cascadas en los oídos. ¿Por qué buscas a Jonás?, me pregunté en el instante de rozar el botón del timbre con la yema del índice. Jonás tenía que estar dentro, seguro. Grité su nombre en el instante de abrirse la puerta. Un grito *in desinflando*; lo empecé con mucho ímpetu, pero la ese final de Jonás se me quedó en un *pianissimo* parecido al último jadeo de un globo. Daba igual ya si Jonás estaba allí o no. El rostro sonriente de aquella mujer disipó mis ansias de búsqueda, señaló con la mano y la mirada hacia el interior mientras decía que Jonás no estaba allí, que ella no sabía absolutamente nada de él, que aunque lo supiera no me iba a decir ni una palabra, y que esperaba de un caballero como yo que comprendiera sus razones. ¡Cómo no iba a entenderlo! Con luz meridiana, a pesar de la chispa, o gracias a ella. Su elegancia y cortesía eran admirables, incluso en zapatillas y albornoz. Otra vez dudé de que hubiera sido capaz de llegar hasta ese sitio sin la tozudez

que da el vino. La señora Fátima era una profesional, se negó a hablarme de Jonás y de cualquiera de sus clientes. Y si la postura de aquella ‘gran señora’ no era lo bastante clara, estaba mi educación, con todos sus prejuicios, que me obligaba a no mostrar el más mínimo interés por la vida de los otros. Me invitó a tomar una copa y hubo un instante en el que tuve que ponerme alerta para no hablarle en portugués. Cuando ya parecía sonámbulo, debido al alcohol, noté que me vibraba el teléfono en el bolsillo. El exceso de bebidas debió ser la causa de que me obsesionase con sus manos. Había algo en ellas que resultaba más atractivo a los ojos que el resto de su cuerpo. ¿Cómo decirlo?, sería la forma de mover los dedos, el cómo los separaba, sus gestos, la manera de enseñar las palmas o la gracia en sí de sus movimientos. Me vino a la memoria el cuadro de Santa Cecilia con la cara de mi madre, tocando el arpa, en el recibidor de casa. Imaginé otras manos de mujeres. Las de Medea, crispadas tras la muerte de sus hijos; las de Yocasta, acercándose a Edipo ya ciego; las de María, la Virgen, cruzadas sobre los pechos, escuchando al ángel en un cuadro de Fray Angélico; las de Ágave sosteniendo la cabeza decapitada de Penteo, su hijo; las de Fedra mientras grita: “¡mis manos están puras, mi corazón es el que está contaminado!”; las de Andrómaca, atadas a su espalda y sangrando; las de Sherezade, inventando mundos para salvar su vida. Las de la mujer con el niño muerto en *el Guernica*. Las de Serena, de niña, sobre las teclas del piano; las de Guadalupe... Embelesado, debí perder el compás de la mirada. Dejé que mis ojos contemplasen las manos de Fátima durante más tiempo de lo conveniente, y las quitó de mi vista, las guardó palma contra palma entre sus muslos por la abertura del albornoz. ¿Qué quieres de mí?, dijo de pronto. Hizo aparecer las manos y acercó el índice de su

derecha hasta rozarme la punta de la nariz. Fue un gesto perfecto de indicación, entre autoritario y atractivo, con pretensiones hipnóticas, quizá, y hasta tal punto bello que daba igual si ella sabía algo, o no. Quiero recordar que me besó en la frente redondeando palabras seductoras: encuéntrame a Jonás, corazón, susurró.

Con ese encargo salí de aquel sitio. Pensé en Guadalupe y saqué el móvil del bolsillo. Según la pantalla estábamos en '19:19 VIE 8 ABRIL 2005', y había una llamada perdida de Guadalupe. Iba a marcar su número cuando vi al empleado de la gasolinera. Parecía pendiente de un individuo corpulento, trajeado de gris, con el pelo muy espeso y cortado a cepillo, que había salido de la cafetería y entraba en el negocio de Fátima. Cuando el señor misterioso ya no estaba a la vista, el hombrecillo me habló: ¿qué, qué te ha dicho?, ¿qué te ha dicho?, preguntó. ¿Cómo que qué, qué, qué?, hablé molesto con expresión exagerada de hombre borracho. Sí, hombre, sí, ¿Que si sabe algo?, insistía. ¡Nada! ¡Na-ada de na-a-da!, respondí. Pero vamos a ver, me increpaba, ¿a quién estás buscando? Le miré con cierto desprecio, mientras me esforzaba por mantenerme erguido, y le expliqué que buscaba a un hombre muy alto y delgado con traje negro. Vamos, aclaré, viste siempre de traje negro. Tiene la cara muy pálida, el pelo casi amarillo, ralo, y echado hacia atrás, y los ojos muy brillantes, y llevaría gafas. Bueno, dijo, alguien de ese carácter estuvo aquí ayer, yo le llené el depósito. ¿El señor Jonás usa el coche?, me extrañé. Suele venir siempre en taxi, confirmó con voz de urraca, pero ayer conducía él. Me iba ya hacia el bar de la gasolinera y me volví de repente como si hubiera tenido una iluminación: ¿venía solo? ¿Con quién venía? ¿Quién es el taxista que suele traerlo?, le pregunté todavía. Él movió la cabeza varias veces antes de

hablar: tranquilo, hombre, usted tranquilo, le di las gracias y me quedé parado porque me vibraba el teléfono en el bolsillo. Era Guadalupe. ¿Qué se sabe?, dije. Fue tajante: hay un encargo, lo manda Jonás, aclaró. Por lo menos está vivo, añadí. No puedo decirte mucho, añadió, porque lo han traído hace un instante. Voy, dije sin ningún convencimiento. Se trata de un librito que tendremos que ilustrar, maquetar e imprimir, explicó. Su voz era más dulce y atractiva que por la mañana. Cuando echaba a andar a buen paso escuché a mi espalda los gritos del empleado de la gasolinera: pregunte en la estación del tren por Segundo, seguro que él sabe cosas. Le grité un ‘gracias’ acompañado de un adiós con la mano.

El paseo de regreso hasta La Ballena me sentó bien. Guadalupe me esperaba en la puerta de la imprenta, y allí aguardó sonriendo desde que aparecí por la Puerta del Rastro hasta que llegué donde ella estaba. Entramos hasta la oficina y me dio el manuscrito: mejor léetelo, a ver si llegas a las mismas conclusiones que yo, si es que puedes ver algo... medio claro, dijo con sorna. ¿A qué conclusiones tendría que llegar?, me hice el ingenuo. Que Jonás no se ha ido con la ‘reina de sotas’, a Dios gracias, aclaró. ¡Anda que si llego a contarle que había estado en El Conejo Luso!, pensé. Lo siento, Guadalupe, me disculpé, llevo todo el santo día del demonio bebiendo. Me miró fijamente. Me acarició la mejilla izquierda: tienes que cuidarte, dijo guiñando un ojo, que todavía te queda mucho por hacer, añadió. Eres muy buena conmigo, repliqué, y me puse romántico: hasta la mirada la tienes de ángel, se me ocurrió en ese momento. Y con eso debería bastarte para estar contento, me animó; estoy a tu lado ¿no?, me miró fijamente y luego se acercó y tomó mi cabeza entre sus manos: si no te cuidas tú, voy a tener que cuidarte yo, susurró antes de besarme en la frente. No sé si fue el roce de sus



labios o su cercanía, pero noté que me faltaba el aire. Quizá hubiera sido buena cosa simular un mareo, así ella me habría mimado un poco más. Ver tan cerca su boca, su frente y sus ojos, me había trastornado. Una sonrisa fue toda mi reacción para recuperarme del trance. Antes de irse me entregó unas llaves: venían también en el sobre con el escrito ese, encárgate tú de cerrar, me pidió. Estaba muy seria antes de decir: tengo que pedirte disculpas. La miré en silencio. Por lo de esta mañana, dijo; me puse un poco tonta al saber que Jonás se había ido. Y siguió explicando: me dejé llevar por los cotilleos de la gente como si fuera una inculta; además está eso de la prostitución, no puedo entenderlo. Creí que hablaría un poco más, pero debió dar por hecho que era suficiente para que yo entendiera el mensaje. La miré mientras caminaba desde la oficina por el pasillo que forman las máquinas y los estantes de materiales hasta la puerta. Se detuvo, me miró sonriendo y saludo con la mano antes de salir.

A pesar del cansancio y toda la modorra que tenía encima fui capaz de leer el relato. Tampoco era tan largo. A decir verdad empecé a leerlo como obligado por las palabras de Guadalupe, o debido más bien al empujón de su cariño. Pero la lectura me enganchó desde las primeras líneas debido a una confesión de la autora: “Me senté a la mesa camilla con ganas de llorar, pero en lugar de darme al llanto como una Magdalena se me vino a la lengua un pensamiento: tienes que escribir lo que ha ocurrido, María”. Al igual que la autora también yo sentía la necesidad de contar unos hechos, al margen de que el tiempo pasado fuera mucho o poco. Ella hablaba de sucesos ocurridos cincuenta años atrás. Hacía notar que su vocación para la escritura era “tan huidiza como la del profeta Jonás para la profecía”. ¡Qué casualidad!, ahí estaba “el nombre del hombre”

(Jonás) que no se había esfumado con la pelandrusca. Además se daban unas casualidades que animaban el fuego de mi curiosidad: la razón por la que se puso a escribir fue que había estado de paso en Ávila el día uno de abril de 1992 para asistir al entierro del suicida de la muralla, que no era otro que Joaquín Nehila Cepeda, cuya esquila imprimí la otra vez que Jonás se fue sin cerrar la puerta.